

# **Sobre *Exclusión y acogida* de Miroslav Volf (2022)<sup>1</sup>**

Juan Manuel Jiménez Robles

NHS (National Health Services, Reino Unido)

<sup>1</sup> Miroslav Volf, *Exclusión y acogida*. Barcelona: Editorial Clie., 2022.

Hace veinte años entré en contacto por primera vez con el trabajo de Miroslav Volf, cuando me encontraba estudiando el máster de la Paz de la Universitat Jaume I de Castellón, en España<sup>2</sup>. Mi propósito era realizar una aproximación multidisciplinaria a los conceptos del perdón y de la reconciliación como habilidades humanas para la paz, así que me embarqué en la lectura de distintos psicólogos, politólogos, filósofos y teólogos, que hubiesen analizado dichos conceptos con profundidad.

Miroslav Volf es croata y catedrático de Teología Sistemática en la universidad estadounidense de Yale, además Volf posee una exquisita formación filosófica y está muy comprometido con la época en la que le ha tocado vivir, es decir, no se dedica únicamente a escribir sobre teología y filosofar desde una torre de marfil ajeno a los avatares del tiempo, sino que usa sagazmente su inmenso bagaje cultural para hacer también propuestas prácticas de tinte psicológico y político. Por ejemplo, en la actualidad Volf dirige el Yale Center for Faith and Culture (Centro de Yale para la Fe y la Cultura), desde donde se investiga cómo vivir virtuosamente para alcanzar el máximo desarrollo y bienestar posible como seres humanos. También habría que destacar que durante varios años Volf ha estado dando clases en la misma universidad de Yale junto al antiguo primer ministro británico Tony Blair sobre el tema de la globalización. Además, durante algún tiempo Volf fue consejero de la White House Office of Faith-Based and Neighbourhood Partnerships (Oficina de la Casa Blanca de Asociaciones Religiosas y Vecinales). Por otro lado, Volf ha escrito alrededor de una veintena de libros, y en muchos de ellos reflexiona sobre modos de organizarnos pacíficamente como sociedades tras episodios de violencia, como el libro que aquí nos ocupa, donde expone de manera magistral y valiente una propuesta de acogimiento a los enemigos.

<sup>02</sup> Comencé leyendo *Exclusion and Embrace* (1996), y posteriormente profundicé en el pensamiento del autor durante mis estudios doctorales en Castellón, leyendo otros libros y artículos suyos, como *Free of Charge: Giving and Forgiving in a Culture Stripped of Grace* (2005); o *The End of Memory: Remembering Rightly in a Violent World* (2006); o *A Public Faith: How followers of Christ Should Serve the Common Good* (2011), entre otros.

*Exclusión y acogida* (2022), redactado originalmente en inglés bajo el título *Exclusion and Embrace* (1996), y considerado uno de los libros más influyentes del siglo XX por la revista *Christianity Today*, parte de una reflexión de Volf como teólogo croata y protestante en la antigua Yugoslavia. En el prólogo a la edición en español, Harold Segura escribe:

Era una época en la que los católicos croatas, los serbios ortodoxos y los bosnios musulmanes peleaban por sus identidades étnicas y religiosas. En ese contexto, nuestro autor se preguntaba por el significado de la reconciliación como valor de la fe cristiana [...] tres décadas después de lo sucedido en Yugoslavia, nuestro mundo se parece mucho a esos años. Los conflictos religiosos, raciales, de género y etnoculturales, por mencionar algunos, abundan. En el actual escenario social se debaten las derechas políticas extremas e izquierdas radicales [...]. Es la nueva versión del ¡sálvese quien pueda!, apejándose a la identidad, política, ideológica o religiosa que le ofrezca redención social (Volf, 2022:13-14).

De modo que *Exclusión y acogida*, recientemente traducido al español, así como a otros diez idiomas, sigue siendo relevante en el año 2024, y como el mismo Volf escribe en el epílogo, la idea central del libro es tan plausible hoy como hace dos décadas y media (Volf, 2022: 341).

El libro se fragua a partir de una pregunta que el teólogo alemán Jürgen Moltmann<sup>3</sup> lanzó a Volf tras una conferencia impartida por este último en el año 1993, donde Volf abogaba por aceptar a nuestros enemigos como Dios nos había admitido en Cristo. Puesto en pie, Moltmann le preguntó: “Pero ¿puede usted aceptar a un chetnik?”. Como croata, un chetnik serbio representaba el peor enemigo que Volf pudiese imaginar, ya que los chetnik habían sembrado la desolación en Croacia en el pasado reciente, “apiñando a las personas como manadas en campos de concentración, violando a las mujeres, incendiando iglesias y destruyendo ciudades” (Volf, 2022: 19). Volf le contestó a Moltmann que no podía aceptar a un chetnik, pero que como seguidor de Cristo pensaba que debería poder hacerlo, ya que nadie debería ser excluido en base a su identidad, aun cuando se trate de nuestro peor enemigo<sup>4</sup>. De modo que, con el fin de contrarrestar la práctica de la exclusión basada en la identidad, Volf desarrolló una teología de la acogida partiendo de la siguiente idea:

Diversos tipos de “limpiezas” culturales exigen que situemos la identidad y la alteridad en el centro de la reflexión teológica sobre las realidades sociales, y esto es lo que pretendo conseguir en el presente volumen (Volf, 2022: 38), ya que el futuro de nuestro mundo dependerá de cómo tratemos con la identidad y la diferencia (Volf, 2022: 41).

**03** Moltmann había sido el supervisor doctoral de Volf en la prestigiosa Universidad de Tubinga, Alemania.

**04** John Paul Lederach defiende en su libro *The Moral Imagination* (2005) que el secreto de la paz reside en las relaciones que somos capaces de establecer con nuestros enemigos. En la misma línea de pensamiento, Desmond Tutu, premio Nobel de la Paz y director de la Comisión para la Verdad y la Reconciliación sudafricana, decía: “Si quieres la paz no hablas con tus amigos, sino con tus enemigos”.

Nuestro catedrático de Yale no se anduvo con rodeos, y recurriendo al pensamiento del menonita John Howard Yoder en *The Politics of Jesus* (1972), Volf afirma que Jesús es nuestro ejemplo en su cruz. ¿Y qué significa esto? La cruz simboliza tanto la solidaridad con las víctimas, como la expiación de los pecadores (Volf, 2022: 44-46)<sup>5</sup>, de modo que tanto víctimas como perpetradores pueden entrar en la dinámica de la reconciliación a través de la posibilidad de un abrazo.

Miroslav Volf (2022: 19) dice que fue un libro difícil de escribir, ya que su “pensamiento se veía tironeado en dos direcciones diferentes por la sangre de los inocentes que clamaban a Dios y por la sangre del Cordero de Dios ofrecido por los culpables”; y es que, en un mundo de violencia, el ejemplo que se nos propone a imitar de no violencia de Jesús en su cruz es un escándalo contracultural. Como apunta Volf (2022: 163-164), en un mundo hostil:

...instintivamente alargamos la mano para agarrar el escudo y una espada, pero la cruz nos ofrece brazos extendidos y un cuerpo desnudo con un costado traspasado [...]. En vez de imitar el acto de violencia y rechazo del enemigo, Cristo, la víctima que se niega a ser definida por el perpetrador; perdona y hace espacio en sí mismo para el enemigo.

La cruz simboliza la donación de uno mismo, lo cual no será fácil ante una violencia persistente que implica que corramos el riesgo de exponernos a ser explotados y brutalizados<sup>6</sup>. De esta dificultad inicial se deriva otra que se percibe a lo largo de todo el libro, como es la tensión que supone escribir con dos tipos de audiencias en mente que exigen dos aproximaciones distintas. Una primera audiencia sería la comunidad cristiana, a la que Volf se aproximaría desde una visión teológico-escatológica, y para la que sería más fácil aceptar el deber de amar y perdonar a los enemigos. Mientras que una segunda audiencia sería el público en general, que no compartiría necesariamente los valores cristianos de la primera audiencia y del propio Volf, y por lo tanto, a la que no se le podría exigir el deber de llevarlos a la práctica, sino simplemente sugerir o recomendar la bondad de practicar dichos valores como algo supererogatorio o virtuoso, lo cual podría facilitar la reconciliación social y ayudar a construir sociedades más pacíficas. Volf se aproximará a esta segunda audiencia desde una visión más histórico-sociológica, y hacia las últimas páginas del libro Volf (2022: 370) intentará entrelazar a sus dos audiencias hablando de la conexión que él percibe entre la reconciliación social y una reconciliación final con Dios, defendiendo que esta reconciliación con Dios:

**05** Volf desarrolla esta idea no solo recurriendo al mencionado libro de John Howard Yoder, sino inspirándose también en los teólogos Jürgen Moltmann o Jon Sobrino, así como en los filósofos Friedrich Nietzsche, Michel Foucault, o Jürgen Habermas, entre otros.

**06** Preservar un espíritu gentil, amable y abnegado en un mundo violento requiere un coraje extraordinario, pero tal vez ahí radique el poder para cambiar justamente a ese mundo.

...no se tratará tan solo de un suceso entre Dios y los seres humanos, sino que debe ser también un acontecimiento social entre los humanos [...]. De modo que, además de que cada ser humano comparezca ante el trono de juicio de Cristo, cada uno estará cara a cara con los demás seres humanos para ser plenamente reconciliados con ellos.

La propuesta de Volf es osada, al defender que ante un conflicto con el enemigo no hay que caer en prácticas excluyentes, sino que como mínimo debería existir en la víctima la voluntad de querer acoger al enemigo, ofreciéndole el perdón y así crear espacio en ella misma para esa posible acogida, lo cual desactivaría “una bestia de exclusión que merodea y tiene cautivas a sociedades enteras, culturas y comunidades” (Volf, 2022: 351). Para este cometido, las víctimas necesitarían despojarse de esas identidades duras que bloquean la entrada del otro, y fomentar unas identidades más permeables y fluidas, que aunque permitan conservar las fronteras personales, deberían hacerlo flexiblemente, donde el otro tenga la posibilidad de ser acogido.

Las prácticas excluyentes identificadas por Miroslav Volf (2022: 103-105) son las siguientes: 1.a) Exclusión por eliminación, donde se mata al enemigo, como vimos en Bosnia, Ruanda, Sudán o Myanmar, entre otros lugares. 1.b) Exclusión por asimilación, sería una forma más benigna de eliminación, donde el otro puede sobrevivir e incluso prosperar si renuncia a su identidad para volverse como nosotros. 2) Exclusión por dominación, como sería el sistema de castas de la India o la anterior política del Apartheid en Sudáfrica. 3) Exclusión por abandono, que sería la indiferencia con la que el primer mundo rico y poderoso se relaciona con el tercer mundo pobre y débil, así como la indiferencia del primer mundo hacia sus propios pobres o cuarto mundo. 4) Exclusión simbólica, donde los otros son deshumanizados mediante difemismos, como ser sucios, perezosos, parásitos o moralmente poco fiables, entre otros.

Volf reconoce que acoger al enemigo no será fácil, sino más bien dramático y en ocasiones hasta peligroso. Consciente de esta realidad, nuestro autor habla del “drama de la acogida”, donde: “La voluntad de entregarnos a los demás y ‘acogerlos’, reajustar nuestra identidad para hacerles un hueco es anterior a cualquier juicio sobre los demás, excepto el de identificarlos en su humanidad” (Volf, 2022: 52). Es decir, la premisa básica que sustentaría la teología de la acogida sería la humanidad compartida de todos los seres humanos<sup>7</sup>.

Sin embargo, Volf no quiere ser ingenuo, y argumenta que aunque la voluntad de acoger (el abrirle los brazos al otro) sea indiscriminada, el acogimiento en sí (la reconciliación) será condicional a que se haya dicho la verdad

<sup>07</sup> En esta misma línea de pensamiento, el catedrático de Filosofía Moral en la Universidad de Glasgow Glenn Pettigrove, argumenta en su libro *Forgiveness and Love* (2012: 88) que el amor requiere que permanezcamos constantes incluso cuando la moral no lo requiera, es decir, la voluntad de amar al otro y de acogerlo, no estaría en función de su desempeño moral, sino en función de su humanidad.

y se haya hecho justicia (Volf, 2022: 53). En otras palabras, Volf propone crear un espacio de acogida en nosotros mismos donde el abrazo al otro sea posible, ya que aunque el otro sea distinto a mí en muchos aspectos, compartimos una misma humanidad<sup>08</sup>. Pero cuando el otro sea mi enemigo, aunque abra mis brazos con la voluntad de acogerle, solo los cerraré para abrazarle cuando la verdad y la justicia hayan entrado en escena, de otro modo me estaría situando en una posición ingenua y peligrosa donde podría ser herido fácilmente<sup>09</sup>.

Pero ¿cómo pueden entrar la verdad y la justicia en escena para posibilitar la reconciliación social con nuestros enemigos? Para este cometido, Volf parte de “la creencia de que es mejor no dar demasiada importancia a la polaridad entre víctima y perpetrador” (Volf, 2022: 133), ya que nadie sería totalmente inocente<sup>10</sup>. Volf lo explica del siguiente modo:

En *The Fall to Violence*, Marjorie Suchoki argumenta que existe “un entrelazamiento de la víctima y el violador a través de la naturaleza misma de la violación”. La violencia atrapa la psique de la víctima, propulsa su acción en la forma de la reacción defensiva y le roba su inocencia [...]. Desde la distancia, el mundo podría parecer claramente dividido entre perpetradores culpables y víctimas inocentes. Sin embargo, cuando más te acercas más se difumina la línea entre culpable e inocentes, y vemos una maraña intratable de pequeños y grandes odios, deshonestidades, manipulaciones y brutalidades, cada una reforzándose a la otra [...]. Entrelazados por medio de la maldad cometida y sufrida, la víctima y el violador están unidos en la trágica y viciosa solidaridad del pecado (Volf, 2022: 110-112).

Así que nadie sería totalmente inocente, sino más bien como dice Aleksandr Solschenizyn en *Archipiélago Gulag* (1974): “La línea que separa el bien del mal no pasa entre Estados, ni entre clases, ni entre ideologías, sino que atraviesa el corazón de cada ser humano”. La verdad acerca de esta solidaridad humana con el pecado debería facilitar en las víctimas lo que el filósofo del derecho Jeffrie Murphy llamó *humildad moral* (1988: 32), posibilitando esa voluntad de abrir los brazos y ofrecer el perdón a los victimarios, al ser conscientes las propias víctimas de que ellas tampoco serían totalmente inocentes, y tarde o temprano también necesitarán ser perdonadas.

En este sentido, la teología de la acogida va más allá de la teología de la liberación en la que se inspira, ya que al proponer la posibilidad del abrazo entre víctima y victimario se están superando las categorías opresión/libe-

<sup>08</sup> En su “fenomenología del abrazo” Volf dice que además de (1) “los brazos abiertos” del deseo y (2) “los brazos cerrados” de sostenerse mutuamente, un abrazo entendido como es debido también debe contener (3) “espera” como aplazamiento del deseo hasta que se haya producido la respuesta y (4) “los brazos abiertos para dejar ir” como una expresión de respeto por la alteridad del otro (Volf, 2022: 396).

<sup>09</sup> Aunque Volf menciona que la justicia ha de acompañar a la verdad para una posible reconciliación, su propuesta original no aborda cómo podrían ser cubiertas las demandas de la justicia ante una agresión para no caer en la impunidad, aspecto que Volf intenta subsanar en la actual edición del libro.

<sup>10</sup> En relación con esto, Jacques Derrida defiende en *Cosmopolitanism and Forgiveness* (2001: 21) que solo los que son inocentes estarían en una posición adecuada para juzgar a otros.

ración, basadas en la pelea de los prisioneros o víctimas contra los opresores o victimarios (al menos hasta que los prisioneros consiguiesen su libertad). Mientras en la teología de la liberación la libertad es la meta social suprema, en la teología de la acogida es el amor, un amor que es capaz de introducir el perdón mutuo entre víctima y agresor, y abre así las puertas a una posible reconciliación<sup>11</sup>.

Hablar de que tanto víctima como agresor necesitan perdonarse mutuamente rechina en nuestros oídos, la violencia directa y observable del agresor será más fácil de identificar, y necesitará de un mayor grado de perdón por parte de la víctima, pero también es verdad que esa violencia recibida, fácilmente generará odio en el corazón de la víctima, de también sería prudente arrepentirse y recibir el perdón<sup>12</sup>, esto evitaría caer en la tentación de la contraviolencia por parte de la víctima, y posibilitaría así un verdadero proceso de reconciliación.

Pues bien, esta perspectiva basada en el amor y en la solidaridad del pecado también contempla que la ofensa cometida no agota el valor del ofensor como persona<sup>13</sup>, de modo que la víctima puede ofrecerle el perdón, el cual marcará la frontera entre la exclusión y el acogimiento. Al perdonar, la víctima crearía un espacio en sí misma para el ofensor y abriría los brazos a una posible reconciliación. O en palabras de Volf (2022: 162-163):

El perdón es la frontera entre la exclusión y el acogimiento. Sana las heridas que los actos del poder de la exclusión han infligido y derriba el muro divisorio de la hostilidad. Sin embargo, deja una distancia entre las

<sup>11</sup> Volf (2022: 139) comenta que “hacer que el amor se eleve por encima de la libertad no significa abandonar el proyecto de la liberación de los pobres y oprimidos. Pero insistir en la primacía del amor sobre la libertad significa transformar el proyecto de liberación, liberarlo de la tendencia a ideologizar las relaciones de los actores sociales y perpetuar sus antagonismos”.

<sup>12</sup> Un ejemplo que sustanciaría la propuesta de Volf sería la iniciativa llevada a cabo en la actualidad por la Brigada Nacional de Personas Desaparecidas (BNPD) en Méjico, donde cientos de madres de miles de jóvenes forzosamente desaparecidos se han coordinado para encontrar a sus hijos, ya sea vivos o muertos. Dentro de la BNPD existe un “eje de iglesias y comunidades de fe”, desde donde se organizan homilias y eucaristías ecuménicas en distintos lugares del país, y donde todos son bienvenidos a participar, tanto las madres de los desaparecidos, como los residentes de las distintas localidades, siendo conscientes de que entre ellos hay informadores (llamados “halcones”) de los narcotraficantes responsables de las desapariciones forzosas. Muchos de estos “halcones”, además de ser victimarios también habrían sido víctimas, ya que fueron reclutados cuando aún eran niños de 13 o 14 años. Las madres que buscan desesperadamente a sus hijos, además de ser claras víctimas de todo este entramado de violencia, también estarían incurriendo sin querer, en cierto abandono de los hijos que dejan en casa para ir en busca de los desaparecidos. Así que en estas eucaristías llevadas a cabo por distintos estados de México, como por ejemplo en Veracruz, Guerrero o Morelos, todos vienen con la necesidad de perdonar y de ser perdonados, no se hacen diferencias, todos son aceptados desde esa solidaridad humana con el pecado. Volf (2022: 168) escribe: “En la Eucaristía celebramos la entrega de uno mismo al otro y el acogimiento del otro en el ‘yo’ que el Dios trino asumió en la pasión de Cristo”.

<sup>13</sup> No habría injusticia cometida que agotase la dignidad y el valor humano de ningún victimario, como nos enseñó Kant en su *Groundwork of the Metaphysics of Morals* (1785). Además, mientras hay vida existe la posibilidad de la transformación moral, y ante esta realidad, sería ético que las víctimas concediesen segundas oportunidades a los victimarios en forma de perdón, ya que “sin ser perdonados, liberados de las consecuencias de lo que hemos hecho, nuestra capacidad para actuar quedaría, por así decirlo, confinada a un solo acto del que nunca podríamos recobrarlos” (Arendt, 1993: 257).

personas, un espacio vacío de neutralidad que les permite ir por caminos separados en lo que a veces se denomina “paz” o caer en los brazos los unos de los otros y restaurar la comunión rota [...]. Pero separar los caminos claramente no es todavía la paz. Mucho más que la mera ausencia de hostilidad sustentada por la ausencia de contacto, *la paz es la comunión entre antiguos enemigos*.

Entonces, si la posibilidad del abrazo es apreciada por el enemigo, esto podría facilitar la reconciliación, la cual a diferencia del perdón no sería unilateral, sino que necesitaría la participación de la voluntad de la víctima así como la del ofensor; pero si la posibilidad del abrazo es despreciada, podría haber incluso una revictimización, ya que en esa apertura de brazos hacia el enemigo, se podría recibir otro golpe en vez de un abrazo.

Es importante notar aquí que a lo largo del libro Volf defiende una apertura por parte de la víctima hacia su victimario, pero en el epílogo nuestro autor dirá que aunque su tesis principal siga siendo la misma, como es que la voluntad de acoger a los enemigos ha de ser anterior a cualquier juicio previo sobre ellos, excepto el de identificarlos en su humanidad (Volf, 2022: 378), sí que reconoce que cuando redactó el libro en 1996 no escribió lo suficiente sobre las condiciones necesarias que los malvados tienen que satisfacer para que se pueda producir el acogimiento o abrazo real (reconciliación), como son el arrepentimiento por la ofensa cometida, así como restituir a su víctima por el daño causado.

Es decir, la visión actual de Volf, aunque respeta su idea original de una voluntad indiscriminada de apertura hacia el enemigo o malvado, enfatizaría que la reconciliación se materialice no solo cuando se haya dicho la verdad, sino también cuando se haya hecho justicia en mayor o menor medida<sup>14</sup>, para lo cual, el victimario tendría que arrepentirse del daño cometido y llevar a cabo iniciativas claras de restitución hacia su víctima.

Esa voluntad indiscriminada de apertura hacia el enemigo se demostraría por el ofrecimiento del perdón de la víctima al victimario, sin embargo, esa oferta de perdón no implicaría una reconciliación, la cual no sería recomendable hasta que el victimario aceptase el perdón que le ofrece su víctima con muestras de arrepentimiento por la injusticia cometida. A partir de ese momento, el victimario sería digno de confianza, y la reconciliación ya no se antojaría peligrosa, con lo que posibilitaría una verdadera paz.

<sup>14</sup> En su actualizada reflexión teológica de la relación entre el perdón y la justicia, Volf intuye lo que algunos psicólogos denominamos *brecha de injusticia*, concepto que explicamos así: “El perdón tiene sus raíces en una percepción interna de una *brecha de injusticia*, que es una percepción subjetiva del grado de injusticia u ofensa que uno experimenta [...]. Si el victimario reconoce el daño cometido, expresa remordimiento, y se disculpa o busca enmendar la situación, la víctima a menudo reduce esa *brecha de injusticia*, haciéndole más fácil lidiar con la injusticia sufrida” (Worthington y Jiménez Robles, 2022: 137). Es decir, en la medida que la víctima perciba que la *brecha de injusticia* se reduce, más fácil será para ella perdonar a su victimario, y no solo eso, sino que además será más seguro.

Concluyendo, y añadiendo a lo que ya escribíamos anteriormente, tanto la propuesta original de Volf como su actual matiz en torno a la satisfacción de la justicia nos parecen valientes, ya que en un mundo impregnado de violencia, acciones de revancha y de venganza solo generan más violencia, mientras que las víctimas que desde la no violencia y la vulnerabilidad ofrecen el perdón, abriendo los brazos a sus victimarios, son las que curan a la humanidad, ya que en vez de hurgar en la ofensa, en vez de soñar con la venganza, detienen en sí mismas el mal producido por la violencia recibida, de modo que ese mal ya no se extiende por el mundo en interminables espirales de violencia.

Esta audaz propuesta de Volf se basaría en el ejemplo de Jesús en la cruz, ejemplo sublime de lo que significa solidarizarse con las víctimas al mismo tiempo que se ofrece el perdón a los victimarios. El amor sería el motor y sustentador de estas dinámicas de perdón y reconciliación, ese amor al enemigo que será un deber para unos, y una virtud para otros, pero será gracias a ese amor que desarma a los enemigos que víctima y victimario podrán mirarse a los ojos desde su humanidad compartida, y así poder reconciliarse y vivir en esa paz que supone la comunión entre antiguos enemigos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARENDT, Hanna. *La condición humana*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1993.
- DERRIDA, Jacques. *On Cosmopolitanism and Forgiveness*, Londres y Nueva York: Routledge, 2001.
- KANT, Immanuel. «Groundwork of the Metaphysics of Morals», en *Groundwork of the Metaphysics of Morals*, ed. Zweig, A. y Thomas E. Hill. Oxford: Oxford University Press, 2002. (Trabajo original publicado en 1785).
- LEDERACH, John Paul. *The Moral Imagination. The Art and Soul of Building Peace*, Nueva York: Oxford University Press, 2005.
- MURPHY, Jeffrie G.; Hampton, Jean. *Forgiveness and mercy*, Cambridge: CUP, 1988.
- PETTIGROVE, Glen. *Forgiveness and Love*, Oxford: Oxford University Press, 2012.
- SOLSCHENIZYN, Aleksandr. *Archipiélago Gulag*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1974.
- VOLFF, Miroslav. *Exclusion and Embrace*, Nashville: Abingdon Press, 1996.
- \_\_\_\_\_. *Free of charge: Giving and forgiving in a culture stripped of grace*, Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 2005.

- \_\_\_\_\_ *The end of memory: remembering rightly in a violent world*, Grand Rapids, Michigan: Wm. B. Eerdmans Publishing Company, 2006.
- \_\_\_\_\_ *A Public Faith: How followers of Christ Should Serve the Common Good*, Grand Rapids, Michigan: Brazos Press, 2011.
- \_\_\_\_\_ *Exclusión y acogida*, Barcelona: Clie. 2022.
- WORTHINGTON, Jr. Everett; Jiménez Robles, Juan Manuel. «Forgiveness, Reconciliation and Hope in Trauma Healing». *Revista d'Humanitats*, 2022, núm. 6, p. 132-150.
- YODER, John Howard. *The Politics of Jesus*, Grand Rapids, Michigan: Wm. B. Eerdmans Publishing Company. 1972.